

Perfil humano de Luis Merino Reyes

por ANDRES SABELLA

En su libro "Perfil Humano de la Literatura Chilena". (1), Luis Merino Reyes traza treinta retratos de intenso dibujo; son treinta imágenes en las que el escritor va desde la superficie hacia lo hondo de cada uno de sus personajes, separando cuanto pueda turbar el juicio, tanteándoles raíces y deteniéndose, allí, donde es necesario ver dos veces un detalle. Siempre alabamos en Merino esta verdadera táctica de cazador de matices, de hombre tentado por el riesgo de saltar más allá de las cosas y de los seres para caer, en descenso moroso, al fondo de lo que, realmente, le interesa o le conmueve. Nunca se le encontrará vanamente enardecido, nunca a horcajadas de la ira. Para su lucidez creadora, la serenidad resulta uno de sus más hermosos atributos de trabajo. Ha vivido la literatura, apasionadamente, como si de cada una de las cuartillas que concluye dependiese su vida.

Por la literatura, por actuar en su gozosa servidumbre, Merino no vaciló en desgarrarse en cuanta espina le opuso la vida, defendiendo, heroicamente, su libertad. Fue escritor, porque, como Valle-Inclán, no quiso dejarse marcar por las dentelladas de ningún patrón. Quiso mandar en sí, convertirse en el auriga de todas sus palpitaciones. La sabiduría de su elección está a la vista: después de treinta años de honrada carrera literaria, su obra se nos aparece como una de las más sólidas, conscientes y armoniosas de la Generación del 38.

Para probar que sus años de activa militancia pesan entre nosotros, bastaría, sencillamente, enunciar sus libros, ya por la veintena, incluyendo poesías, cuentos, novelas y numerosos estudios y ensayos; bastaría recordar sus novelas "Regazo Amargo" y "La Vida Adulta", plausibles en su voluntad de penetrar en los intersticios de los seres que componen su humanidad. Merino Reyes ha sido tenaz en esta búsqueda interior y la fijó en la clase media nacional, en nuestro curioso "medio-pelo". Jotabeche señaló que en nuestro país todos "somos escritores de medio pelo", limándonos la vanidad y apurándonos la democracia. Alfonso Calderón habla del censo que, en este sentido, realiza Merino:

"Tiene esta clase sus propios trabajos de Hércules, que Merino pone de relieve; la vida de la oficina, los tonos grises de los días, los jefes fríos, como esos monstruos de que habla Nietzsche; súmese a eso, la presencia de los problemas sexuales, los desajustes de la vida en relación, los pequeños fraudes de la inautenticidad, los múltiples fracasos diarios, y se tendrá una imagen aproximada de la voluntad que rodea a los héroes de Merino". (Pág. 11)

Tal vez, por esta razón, los retratos dedicados a Januario Espinosa, a Luis Durand y, sobre todo, a Alberto Romero se disfrutan más henchidos, más tocados por una secreta fuerza de simpatía: las criaturas de Espinosa, Durand y Romero pertenecen, en su mayor parte, a "la media tijera" chilena, padecen su espantosa oscilación, entre la altura dorada y soñada y el terror a la caída tremenda de tres o más peldaños de "la escala social".

El "perfil humano" que, sin duda, se reclama en estas páginas de pulsación poderosa, grávidas de interés, y amañidad, iluminadas por un permanente fuego humano, es el del autor: Merino Reyes, con su recia cabeza decidida, con sus ojos claros, y su talladura firme, plena y varonil, avanza por las calles, como husmeándole el alma a las gentes. En donde quiera que se le halle —en el café, en una esquina, en la política— su gesto no varía: es gesto de quien se siembra, alegremente, en la conciencia y en el corazón de los demás. Porque el ser escritor no le cercenó lo esencial: el ser hombre. Y hombre social.

(1) Editorial "Orbe", Selección y Prólogo de Alfonso Calderón, 264 páginas.